



Sínodo 2021-2023

"Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión".

Resumen nacional de la fase diocesana

1. Escuchar al pueblo de Dios

La convocatoria del Sínodo Universal representó una oportunidad para que las Iglesias en Italia dieran seguimiento a algunas de las indicaciones ofrecidas por el Papa Francisco en los últimos años. Ya en 2015, en la Convención Eclesial Nacional de Florencia, habló de un "estilo sinodal", mientras que en 2019 retomó el tema de la sinodalidad, recomendando iniciar un proceso "de abajo hacia arriba, y de arriba hacia abajo". Así, respondiendo a sus reiterados llamamientos, recogidos y asumidos por la 74ª Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana, se puso en marcha en mayo de 2021 el Camino Sinodal de las Iglesias en Italia, inaugurado oficialmente en todas las diócesis el 17 de octubre de 2021 y destinado a prestar oído a "lo que el Espíritu dice a las Iglesias" (cf. Ap 2,3). El camino prevé un desarrollo de cinco años, dividido en tres fases: narrativa (2021-2022; 2022-2023), sapiencial (2023-2024) y profética (2024-2025). El año pastoral 2021-2022, de acuerdo con la petición de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, se ha dedicado a la escucha y la consulta del Pueblo de Dios, en plena consonancia con el esquema del Sínodo universal *"Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión"*: También se inició una consulta más allá del perímetro de quienes se sienten miembros de la comunidad eclesial, a través de la propuesta de un camino espiritual de escucha mutua y de una sinodalidad vivida sobre la que apalancar esa reforma que el Señor pide continuamente a su Iglesia. Aquí se hace un breve recuento del camino recorrido en este primer año.

La implicación fue amplia y heterogénea: desde las Iglesias locales en sus articulaciones (diócesis, parroquias, zonas pastorales o foranías...) y en todos sus componentes, con el esfuerzo de llegar al mundo de la política, de las profesiones, de las escuelas y de las universidades, a los lugares de sufrimiento y de atención, a las situaciones de soledad y de marginación.

No faltaron incertidumbres y perplejidades, sobre todo en las primeras etapas, para frenar el viaje, especialmente en una temporada marcada por la ansiedad y el desconcierto, desde el estallido de la pandemia con su carga de luto, sufrimiento y penurias, hasta el estallido de la guerra en Ucrania, que reavivó heridas, temores y resentimientos. En medio de estas crisis, el Pueblo de Dios trató de superar el individualismo, el escepticismo y las vallas, y se puso en marcha.

Se creó un Grupo de Coordinación Nacional, se formaron unos 50.000 grupos sinodales, con sus facilitadores, para una participación total de medio millón

de personas. Más de 400 referentes diocesanos han coordinado el trabajo, junto con sus equipos, apoyando las iniciativas con perseverancia y convicción, produciendo subsidios y recogiendo relatos. Se creó una red de corresponsables, que es un primer e inesperado fruto del Camino y un valioso recurso para su continuación. El enlace entre las personas de contacto fue importante para sostener un trabajo rico y exigente que también tuvo que enfrentarse a la resistencia por el miedo a activar un proceso que simplemente dejara las cosas como están.

A finales de junio llegaron a la Secretaría General de la Conferencia Episcopal Italiana doscientos resúmenes diocesanos y 19 resúmenes elaborados por otros grupos, un total de más de 1.500 páginas. En algunas Iglesias locales, el camino se injertó en los Sínodos diocesanos en curso, que acababan de empezar o habían concluido recientemente, con la atención puesta en entrelazar el camino diocesano con el nacional y universal y con la disposición a leer el Sínodo diocesano como un don también para las otras Iglesias, con un espíritu nuevo y una visión más amplia que puede ayudar a salir de la lógica de los Sínodos documentales.

El soplo del Espíritu ha vuelto a poner en movimiento a las comunidades, a veces cansadas y encerradas en sí mismas, y les ha abierto los ojos y el corazón, permitiéndoles ver y reconocer a los "compañeros de viaje" y la deuda de escucha que ha madurado con el tiempo. Varias personas, a veces confinadas a la invisibilidad, fueron alcanzadas por la invitación del Sínodo e implicadas en un camino de escucha que finalmente las vio como protagonistas. Además, enseguida quedó claro que nada es ajeno a la vida de la Iglesia y, por tanto, que la Iglesia puede ser realmente la casa de todos. Sin embargo, hay que señalar que el camino recorrido durante el primer año interceptó principalmente la parte de la comunidad eclesial italiana que de alguna manera gravita o se adhiere a los circuitos parroquiales, aunque con algunas excepciones importantes y mucha creatividad. La parroquia sigue siendo el paradigma estructurador del imaginario pastoral y misionero, aunque la presencia y la acción de los católicos italianos también se desarrolla en circuitos que tienen menos anclaje parroquial. Es un dato a tener en cuenta para tener una percepción completa de la articulación, la variedad y la riqueza de las formas de andar de las Iglesias en Italia.

El método de la conversación espiritual ayudó a vivir el proceso sinodal: la escucha de la vida permitió no empantanarse en una estéril confrontación de ideas, sino fomentar un auténtico intercambio, en el que captar "los signos de los tiempos". Volver a partir de la escucha de las experiencias ha permitido a las comunidades italianas, a veces atrincheradas en posiciones de defensa y resignación, descubrirse capaces de acoger y amar. Esta metodología, que promueve una dinámica que ayuda a pasar del "yo" al "nosotros", de una perspectiva individual a una comunitaria, ha sido especialmente apreciada, hasta el punto de que se han planteado peticiones desde diversos ámbitos para mantenerla, profundizarla y potenciarla como práctica ordinaria.

CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

Oficina Nacional de Comunicación Social

La conversación espiritual permitió poner de manifiesto las luchas y limitaciones de las realidades eclesiales, pero siempre en una perspectiva proactiva y esperanzadora. En cuanto a la dinámica

Dentro de la vida de la comunidad y de su forma estructural, por ejemplo, se registraron con lucidez una serie de cuestiones que vienen de lejos: el clericalismo, la desconexión entre el trabajo pastoral y la vida real de la gente, la sensación de fatiga y soledad de algunos sacerdotes y otras personas implicadas en la vida comunitaria, la falta de organicidad en la propuesta de formación, la afasia de algunas liturgias. Sin embargo, este examen no se caracterizó por un sentimiento de resignación, ni por los acalorados tonos de reivindicación. Por el contrario, por la forma en que se llevó a cabo, el proceso sinodal abrió espacios y oportunidades para repensar y reformar profundamente estas dinámicas, a partir de las sinergias que activó y el placer de trabajar juntos. La sinodalidad no se limitó a hablar, sino que se vivió, teniendo en cuenta también las inevitables dificultades: en el trabajo del equipo diocesano -presbíteros, diáconos, laicos, religiosos y religiosas juntos, jóvenes y adultos, y con la presencia participativa del obispo-, en el acompañamiento discreto y solícito de las parroquias y realidades implicadas, en la creatividad pastoral puesta en marcha, en la capacidad de planificar, verificar, recaudar y devolver a la comunidad. La experiencia ha sido apasionante y generadora para quienes han aceptado correr el riesgo de comprometerse con ella: en muchos contextos ha contribuido a revitalizar los organismos de participación eclesial, ha ayudado a redescubrir la corresponsabilidad que se deriva de la dignidad bautismal, y ha revelado la posibilidad de superar una visión de la Iglesia construida en torno al ministerio ordenado para avanzar hacia una Iglesia "toda ministerial", que es comunión de diferentes carismas y ministerios. A este respecto, no hay que subestimar la dificultad de suscitar la implicación cordial de una parte no desdeñable del clero, que veía el Camino Sinodal con cierta desconfianza. En algunos pasajes, además, no se daba por supuesta la armonía entre las formas ordinarias de ejercer el ministerio episcopal y la asunción de un estilo plenamente sinodal, al que aspiraba el Camino.

Los referentes diocesanos se reunieron varias veces *en línea* y dos veces en presencia en Roma: del 18 al 19 de marzo y del 13 al 15 de mayo de 2022. Esta última cita residencial, con la participación de los Obispos representantes de las Conferencias Episcopales Regionales, permitió elaborar juntos una primera síntesis nacional. Posteriormente, durante la 76ª Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana (23-27 de mayo), en la que participaron 32 referentes diocesanos, es decir, dos por cada Región eclesiástica, los días 24 y 25 de mayo de 2022, se llevó a cabo una nueva reflexión, de carácter sinodal, que permitió definir algunas prioridades surgidas de la escucha del Pueblo de Dios.

2. En diez núcleos la variedad de acentos y sensibilidades de las Iglesias en Italia

Escucha, acogida, relaciones, celebración, comunicación, intercambio, diálogo, hogar, pasajes de la vida y método son los diez núcleos en torno a los cuales se organizaron las reflexiones que surgieron de las síntesis diocesanas: no son categorías abstractas y

CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

Oficina Nacional de Comunicación Social

predeterminadas, sino formas de comprometerse, recoger y presentar la experiencia

vivido del camino conjunto de las Iglesias en Italia, en sus articulaciones y especificidades. Esta elección de fondo representa también un intento de retomar el camino emprendido entre las dos últimas Conferencias Eclesiales Nacionales, celebradas en Verona (16-20 de octubre de 2006) y en Florencia (9-13 de noviembre de 2015), con la intención de pasar de la habitual estructuración por sectores de acción o según las misiones de las oficinas pastorales (en los distintos niveles) a una visión que intenta abarcar siempre la totalidad de la existencia de las personas y captar las interconexiones de la vida.

Cada núcleo debe entenderse como una dimensión, declinación o esfera de caminar juntos. En este sentido, los diez núcleos no son alternativos, sino complementarios; unos expresados como verbos, otros como sustantivos, precisamente para respetar las resonancias con las que se han expresado. Su pluralidad no representa una limitación a superar, mediante una operación de homogeneización o jerarquización, sino que contribuye a preservar el pluralismo fundamental de la experiencia de las Iglesias en Italia, con toda la variedad de acentos y sensibilidades que las atraviesan y de las que son portadoras.

2.1 Escuche

Escuchar y sentirse escuchado son, sin duda, el gran redescubrimiento del proceso sinodal y su primer fruto inestimable, junto con el discernimiento. Uno de los datos más evidentes es el reconocimiento de la deuda de la escucha como Iglesia y en la Iglesia, hacia una multiplicidad de sujetos. Las síntesis diocesanas y las otras que han llegado directamente a la Secretaría de la Conferencia Episcopal Italiana han puesto de manifiesto la necesidad de crecer en la escucha de cada persona en su situación vital concreta. Con claridad, las Iglesias de Italia han puesto de manifiesto la necesidad de escuchar a los jóvenes, que no piden que se haga algo por ellos, sino que se les escuche; a las víctimas de abusos sexuales y de conciencia, delitos por los que la Iglesia siente vergüenza y arrepentimiento y está decidida a promover relaciones y ambientes seguros en el presente y en el futuro; de las víctimas de todas las formas de injusticia, en particular de la delincuencia organizada; de los territorios, cuyos gritos deben ser escuchados, gracias a la aportación de competencias específicas y al compromiso de "estar dentro" de un lugar y de su historia. Escuchar requiere dejar de lado los prejuicios, renunciar a la pretensión de saber siempre qué decir, aprender a reconocer y acoger la complejidad y la pluralidad.

La escucha auténtica es ya un anuncio de la buena noticia del Evangelio, porque es una forma de reconocer el valor del otro, su ser precioso. La escucha es entonces una de las misiones encomendadas a la Iglesia y es el principio y el estilo de asumir la responsabilidad del mundo y de la historia. En esta escucha hay que prestar especial atención a las situaciones de pobreza: es desde aquí y es con los pobres del mundo que nuestras comunidades deben ser capaces de trazar el camino del Tercer Milenio. Queda

CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

Oficina Nacional de Comunicación Social

claro que la finura de la audición se va conformando con la Palabra del Señor que abre el oído y

abre el corazón de par en par. La auténtica escucha de la Palabra es el antídoto contra el repliegue sobre uno mismo, el camino hacia una presencia incisiva en la realidad social y hacia un creciente compartir. En el fondo, la escucha de la Palabra y la escucha de la vida son la misma escucha, porque el Señor se deja encontrar en la vida y en la existencia ordinaria de cada persona, y es ahí donde pide ser reconocido. De ahí la necesidad, unánimemente sentida, de volver a poner la Palabra en el centro, imaginando vías de crecimiento en esta dimensión e invirtiendo en figuras que sepan acompañarlas.

2.2 Abraza

La consulta sinodal destacó la importancia de vivir la proximidad en la pluralidad de situaciones y condiciones de vida que habitan un territorio: las personas constituyen la verdadera riqueza de las comunidades, cada una con su valor único e infinito. No se trata de pensar que los que forman parte de la comunidad eclesial deben hacer un esfuerzo para abrirse a los que se quedan en el umbral. La acogida es más bien un camino de conversión para dar forma en reciprocidad a una comunidad fraterna e inclusiva que sepa acompañar y valorar a todos. Esta conciencia permite superar la distinción "interior" / "exterior".

Vivir la acogida significa armonizar el deseo de una "Iglesia que sale" con el de una "Iglesia que sabe dejar entrar", a partir de la celebración de la Eucaristía. La creación de un "ministerio de proximidad" para los laicos dedicado a la escucha de las situaciones de fragilidad podría apoyar el proceso de renovación con vistas a unas comunidades más abiertas, menos críticas y capaces de no dejar a nadie atrás. Es necesario un replanteamiento global: numerosos énfasis apuntan a las deficiencias en la capacidad de inclusión. En particular, se reconoce la necesidad de tocar las heridas y dar voz a temas que a menudo se evitan. Hay muchas diferencias que hoy en día exigen ser aceptadas: generacional (los jóvenes que dicen sentirse juzgados, poco comprendidos, poco acogidos por sus ideas y poco libres para expresarlas; los mayores para ser atendidos y valorados); generada por historias heridas (personas separadas, divorciadas, víctimas de escándalos, encarceladas) de género (las mujeres y su valorización en los procesos de toma de decisiones) y de orientación sexual (las personas Lgbt+ con sus padres); culturales (por ejemplo, vinculadas a los fenómenos migratorios, internos e internacionales) y sociales (desigualdades, exacerbadas por la pandemia; discapacidad y marginación).

2.3 Informes

Las personas están por encima de las cosas que hay que hacer y de los papeles: este principio resonó varias veces en la consulta sinodal, junto con el reconocimiento de que a menudo

no se tiene en cuenta. Cuidar las relaciones exige no dejarse enjaular por los roles y las funciones -aunque sean necesarios- y no utilizarlos como recintos en los que encerrarse. Todos los miembros de la comunidad eclesial deben aprender a vivir relaciones más atentas al otro, sobre todo cuando desempeñan un ministerio y un servicio: los sacerdotes, en primer lugar, están llamados a ser "maestros de relación", capaces de ser y caminar con los demás. Además, también surge la preocupación por el sentimiento de soledad que a veces experimentan los sacerdotes y la necesidad de contar con comunidades capaces de acompañarlos.

Las relaciones necesitan tiempo y cuidados constantes: son un bien frágil que necesita energías individuales, sinergias comunitarias y aceptación de las dificultades y las derrotas. Las comunidades necesitan vías de reconciliación para habitar y superar el conflicto y la fragmentación. Esto requiere reconocer que la dimensión relacional no crece de forma automática, sino día a día dando cabida al encuentro, a la confrontación y al diálogo, y sabiendo caminar con los demás sin querer imponer el propio ritmo a toda costa.

El encuentro con las personas no debe vivirse como un corolario, sino como el centro de la acción pastoral. Por eso es importante revisar las funciones y tareas que actualmente realizan los presbíteros desde una perspectiva más comunitaria. Cuidar las relaciones en la comunidad significa reconocer y cuidar las diversas formas de soledad y a quienes experimentan situaciones de fragilidad y marginalidad.

2.4 Celebrar

A pesar de la diversidad de situaciones, el proceso sinodal estuvo marcado por una fuerte tensión espiritual. Se reconoce que la Palabra de Dios es la clave para volver a ser creíble, y hay un fuerte deseo de profundizar en su conocimiento a través de modalidades como la Lectio Divina, la Liturgia de la Palabra y la formación bíblica. Ser guiados por diáconos, religiosos o laicos (hombres y mujeres) capacitados proporcionaría más oportunidades para encontrar la Palabra y responder a la sed de vida en el Espíritu.

La celebración de la Eucaristía es y sigue siendo la "fuente y cumbre" de la vida cristiana y, para la mayoría de las personas, es el único momento de participación en la comunidad. Sin embargo, hay una distancia entre la comunicación de la Palabra y la vida, una falta de cuidado en las celebraciones y una baja implicación emocional y existencial.

Frente a las "liturgias aburridas" o reducidas a espectáculo, es necesario devolver la sobriedad y el decoro a la liturgia para redescubrir toda su belleza y vivirla como mistagogía, educación para el encuentro con el misterio de la salvación que toca profundamente nuestras vidas, y como acción de todo el Pueblo de Dios. En este sentido, es urgente actualizar el registro lingüístico y gestual. También hay que redescubrir el valor

de la piedad popular (a menudo vinculada a la

santuarios y la devoción mariana), que sigue dando frutos en la construcción de la identidad cristiana y comunitaria de las parroquias y los territorios, y que, si se vive correctamente, puede ser una oportunidad de anuncio y una propuesta para los llamados lejanos, siempre que se discernan las posibles ambigüedades y se haga un esfuerzo para que sea una oportunidad de crecimiento de una conciencia civil, sensible a los problemas sociales y económicos de las familias y los pobres.

2.5 Comunicación

Comunicación y lenguaje son dos palabras clave que surgen de los materiales procedentes de las diócesis. Existe una percepción generalizada de una Iglesia que transmite la imagen de un Dios que juzga, en lugar del Padre misericordioso. Un lenguaje no discriminatorio, menos marcado por la rigidez, pero más abierto a las cuestiones de sentido, parece ser la clave para hablar a tantas personas en búsqueda, para hacer la Iglesia más accesible, más comprensible y más atractiva para los jóvenes y los "alejados", más capaz de transmitir la alegría del Evangelio. No basta con una operación de *maquillaje*: la conversión del lenguaje exige volver a entrar en contacto con el corazón palpitante de la experiencia de la fe en la concreción de la vida de los hombres y mujeres de hoy. De la Iglesia y en la Iglesia se espera un lenguaje claro, valiente y competente sobre los temas de nuestro tiempo, cuidando de elegir términos que expresen respeto y no sean sentenciosos, sin concesiones a la superficialidad.

En cuanto al entorno digital, si es necesario que la Iglesia esté donde la gente pasa parte de su tiempo, es igualmente fundamental invertir en el cuidado y la formación, para aprender los nuevos lenguajes y abrir caminos de sentido sin asumir la lógica de *los influenciadores*, sino aspirando a formar comunidades abiertas y no "burbujas" de fe. El sabio uso de los nuevos medios de comunicación también puede permitir contar mejor las actividades de la Iglesia, que a menudo son poco conocidas por el mundo exterior también por el cansancio, la incapacidad y el miedo a comunicarlas.

La participación y la corresponsabilidad necesitan la savia de una comunicación transparente, el intercambio de información y el cuidado en la implicación de los diferentes actores en los procesos. Es precisamente la falta de transparencia, según algunos, la que ha favorecido el encubrimiento y las omisiones en temas cruciales como la gestión de los recursos económicos y los abusos de conciencia y sexuales.

2.6 Compartir

En los relatos sinodales se percibe un fuerte deseo de reconocimiento del valor de la corresponsabilidad, que se desarrolla allí donde las personas se sienten valoradas, donde

CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

Oficina Nacional de Comunicación Social

no se sienten traicionadas, violadas, abandonadas. La corresponsabilidad aparece como la verdadera

antídoto a la dicotomía sacerdote-laico. La Iglesia aparece demasiado "pretocéntrica" y esto desresponsabiliza, convirtiéndose en coartada para las delegaciones o rechazos por parte de los laicos, a menudo relegados a un papel meramente ejecutivo y funcional, en lugar de protagonistas, constructores de un "nosotros". Pero no por ello exentos del riesgo de desarrollar formas de clericalismo en la gestión de los pequeños espacios de poder que se les confían.

La marginación de los laicos concierne principalmente a las mujeres: lo que se siente universalmente como falta es un verdadero reparto de responsabilidades que permita a la voz femenina expresarse y contar. Hay que prestar especial atención a las religiosas y a las consagradas, que a menudo se sienten utilizadas sólo como "mano de obra pastoral".

En cuanto a la corresponsabilidad, también se registra la falta o el funcionamiento ineficaz de los órganos de participación: varias comunidades carecen de ellos, mientras que en muchos casos se reducen a una formalidad, justificando opciones ya definidas. Por eso pedimos su relanzamiento como espacios de experiencia concreta de corresponsabilidad eclesial, el desarrollo de un liderazgo ampliado y la adquisición de un estilo sinodal en el que las decisiones se tomen conjuntamente, a partir de la contribución de cada uno para entender la voz del Espíritu, en clave de discernimiento y no de democracia representativa.

La puesta en marcha de una pastoral integrada entre las parroquias y de las parroquias con los que viven el anuncio en sus entornos vitales también puede ayudar en este sentido. Lo que se requiere en todo caso es la valorización de la común dignidad bautismal que, más allá de cualquier lógica puramente funcional, lleva a reconocer la responsabilidad de todos los creyentes, cada uno con el don que le es propio, en la edificación y misión de la comunidad eclesial.

Los movimientos eclesiales, las asociaciones y los grupos pueden contribuir a la riqueza de la comunión y a la eficacia del esfuerzo evangelizador, como lugares de educación en la corresponsabilidad y experiencias valiosas para la evangelización, cuando están abiertos a la colaboración entre ellos y a la participación en la vida de la Iglesia local.

2.7 Diálogo

La Iglesia vive la fe inmersa en el mundo actual, confrontada diariamente con el mundo del trabajo, la escuela y la formación, los ambientes sociales y culturales, y los aspectos cruciales de la globalización. Gracias a esta confrontación, uno es consciente de que la fe ya no es el punto de referencia central para la vida de muchas personas: para muchos, el Evangelio ya no es necesario para vivir. Sin embargo, también este tiempo nos llama a asumir, con *parusía* y humildad, el reto de dejarnos sorprender por las semillas de la Palabra presentes en todos los contextos, descubriéndolas en los lugares y formas más

inesperados, como signos de la creatividad del Espíritu.

El cuidado de la casa común, el diálogo intergeneracional, el encuentro entre diferentes culturas, la crisis de la familia, la justicia, la política, la economía, los estilos de vida, la paz y el desarme...

La comunidad cristiana está llamada a dar su opinión, pero a menudo se muestra afónica, cerrada, sentenciosa, fragmentada y poco competente. Los lugares y modos de diálogo en la Iglesia son todavía escasos, especialmente entre la Iglesia local y la sociedad civil: a menudo se siguen caminos paralelos en los que cada uno vive su propia realidad sin interferir, sin cuestionar. El proceso sinodal ha revelado que muchas realidades sociales, administrativas y culturales alimentan el deseo de una confrontación más asidua y una colaboración más sistemática con las realidades eclesiales. Una Iglesia sinodal es consciente de que debe aprender a caminar junto a todos, incluso con los que no se reconocen en ella, con los que pertenecen a otras confesiones, con los que no creen, aprendiendo a descentralizar y a atravesar los conflictos. De la cultura actual puede aprender una mayor capacidad de diálogo y de confrontación, respetando las diferentes competencias y ámbitos, sabiendo también cuestionarse, al igual que de los pobres puede aprender una mayor humildad y tenacidad. Un recurso especial para el diálogo es la riqueza artística e histórica que se conserva en tantas comunidades, que puede convertirse en un punto de encuentro para todos.

2.8 Inicio

Sentirse o no sentirse en casa es el criterio de juicio de los individuos sobre la Iglesia. El hogar es un espacio acogedor, que no tiene por qué merecer, un lugar de libertad y no de coacción. Para muchos, la parroquia, el grupo, el movimiento son contextos de verdadero encuentro, de amistad y de compartir. Los que se perciben a sí mismos fuera de la comunidad cristiana observan, en cambio, dinámicas más parecidas a las de un contexto sectario o de un "club de fans". Uno se siente alejado de las áreas de especialización pastoral, que se traducen fácilmente en áreas de poder. Más que un hogar, la comunidad se concibe como un centro de prestación de servicios, más o menos organizados, cuyo significado se esfuerza por comprender. Por eso es urgente replantearse el estilo y las prioridades del hogar. Si la acogida y el acompañamiento se vuelven preeminentes, todo debe hacerse más esencial, empezando por las estructuras y los aspectos burocráticos. La casa-iglesia no tiene puertas que se cierran, sino un perímetro que se ensancha continuamente.

Las comunidades eclesiales también corren el riesgo de la autorreferencialidad y el cierre, o de la creación de "burbujas": grupos en los que se viven intensamente la fe y los itinerarios de vida, pero con poca disposición a acoger la novedad, de personas y propuestas. Tantas "burbujas" separadas hacen que las comunidades estén fragmentadas, espacios en los que se corre el riesgo de dividir poderes y roles, de ser exclusivos y de excluir a los que llaman a la puerta. Para contrarrestar el desafío de la fragmentación, a nivel parroquial y diocesano, debemos invertir en la construcción de relaciones fraternas, valorando la pluralidad de sensibilidades y orígenes como un

recurso. En particular, el testimonio de la caridad es una medida de la capacidad de apertura.

2.9 Pasajes de la vida

Una comunidad cristiana que quiere caminar junta está llamada a cuestionar su propia capacidad de estar al lado de las personas a lo largo de su vida, y a acompañarlas a vivir su humanidad y su fe con autenticidad en relación con las diferentes edades y situaciones. Se cuestiona aquí la acción formativa de las comunidades, pero también hasta qué punto son capaces de ofrecerse como punto de referencia para las trayectorias vitales cada vez más complejas de los hombres y mujeres de hoy. El acompañamiento de la vida de las personas es mucho más amplio que la formación, porque se trata de estar al lado, de apoyar, para dar a las personas la oportunidad de cultivar su conciencia creyente, de aumentar sus recursos relacionales, cognitivos, afectivos, espirituales, a través de experiencias compartidas.

En las Iglesias locales y en las parroquias, las experiencias asociativas (oratorios, grupos, asociaciones y movimientos) representan un patrimonio formativo que, si se cultiva adecuadamente, permite a las comunidades acompañar el crecimiento en humanidad y en la fe de personas de diferentes edades y condiciones de vida, en el diálogo intergeneracional y en el apoyo a la dimensión vocacional.

Una petición compartida es la de repensar los itinerarios de acompañamiento para que estén hechos a la medida de todos: las familias, los más frágiles, las personas con discapacidad y los que se sienten marginados o excluidos. Incluso el camino de la iniciación cristiana necesita pasar a la lógica del acompañamiento, integrando las dimensiones cognitiva, afectiva, relacional y estética a través de una pluralidad de herramientas y lenguajes.

También resulta imprescindible revisar la formación inicial y permanente de los sacerdotes, tanto en los contenidos como en las formas, así como reforzar las competencias de los laicos comprometidos en los distintos ministerios, empezando por el servicio catequético, aprovechando también los Institutos de Ciencias Religiosas, las Escuelas de Teología y las Facultades de Teología. En este sentido, también está la necesidad destacada por muchos de hacer de las familias el sujeto y no el destinatario de la acción pastoral, como paradigma de las relaciones que acompañan la vida de las personas. Es el momento de caminar juntos con las familias, los sacerdotes y las personas consagradas.

2.10 Método

Para dar forma y concreción al proceso sinodal, se propuso un método de escucha esbozado según los principios de la conversación espiritual. No fue el único camino que se tomó; junto a los pequeños grupos sinodales, también hubo reuniones y debates en asamblea, entrevistas con individuos; se administraron cuestionarios y algunos grupos

CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

Oficina Nacional de Comunicación Social

elaboraron documentos. La variedad de métodos e instrumentos representa una riqueza, pero a condición de que la coherencia de los medios con el fin, que es

fomentar las relaciones y la creación de vínculos.

Los resultados indicaron un aprecio generalizado y cordial por la conversación espiritual en torno a la Palabra de Dios, con sus tres pasos: la toma de la palabra por parte de cada uno de los participantes, para que nadie se quede al margen; la escucha de la palabra de cada uno por parte de los demás y las resonancias que produce; la identificación de los frutos de la escucha y los pasos a dar juntos. Este método permitió iniciar o reconstruir caminos comunitarios, gracias a la focalización en resonancias profundas con exclusión de formas de debate o discusión, lo que permitió a las personas contar sus historias sin sentirse juzgadas. También ha impulsado a las personas a entrar en contacto con el plano de las emociones y los sentimientos, que es más profundo que el de la lógica y la argumentación racional, y por ello menos frecuentado, pero de gran importancia en términos antropológicos y de fe: es en este plano en el que la persona decide implicarse realmente y confiarse. Esto explica la petición generalizada de asumirla como práctica ordinaria, en particular para activar grupos de escucha y discernimiento. Igualmente, se destacó el temor de que el entusiasmo y el deseo de participar que ha generado la experiencia de los grupos sinodales pueda extinguirse pronto si no se le da continuidad y si el proceso sinodal iniciado no conduce a cambios concretos (prácticas e instituciones) en la vida de las comunidades.

3. De las prioridades a los "lugares del sínodo" para seguir caminando juntos

El discernimiento sobre las síntesis diocesanas y la elaboración de los diez núcleos han permitido identificar algunas prioridades, en las que se centrará la continuación del proceso sinodal. Siempre en sintonía con el Sínodo universal, de hecho, las Iglesias de Italia profundizarán en la fase de escucha, prestando especial atención a crecer en el estilo sinodal y en el cuidado de las relaciones, a desarrollar e integrar el método de la conversación espiritual, a promover la corresponsabilidad de todos los bautizados, a racionalizar las estructuras para un anuncio más eficaz del Evangelio.

Desde esta perspectiva, será decisivo escuchar los diferentes "mundos" en los que viven y trabajan los cristianos, es decir, caminar junto a todos los que componen la sociedad, con especial atención a los ámbitos que a menudo permanecen silenciosos o no son escuchados: el vasto mundo de la pobreza (indigencia, penuria, abandono, fragilidad, discapacidad, marginación, explotación, exclusión o discriminación tanto en la sociedad como en la comunidad cristiana), los ámbitos de la cultura (escuela, universidad e investigación), las religiones y los credos, las artes y el deporte, la economía y las finanzas, el trabajo, la empresa y las profesiones, el compromiso político y social, las instituciones civiles y militares, el voluntariado y el Tercer Sector. Se trata de espacios en los que la Iglesia vive y trabaja, a través de la acción personal y organizada de tantos cristianos, y la escucha no estaría completa si no recogiera también su voz. Para fomentar una escucha

amplia y auténtica, será necesario remodelar los lenguajes de la Iglesia, para

aprender otros nuevos, frecuentar los canales menos habituales y también adaptar de forma creativa el método de "conversación espiritual", para llegar a quienes no frecuentan las comunidades cristianas. En este sentido, será importante reforzar y hacer estable en el tiempo la escucha de los jóvenes que el mundo de la escuela y de la universidad ha hecho posible, para entrar en relación con personas que la Iglesia no encontraría de otro modo.

Otra instancia que surgió es la de verificar la calidad real de las relaciones comunitarias y la tensión dinámica entre la experiencia de la fraternidad y el impulso de la misión, que también examina el funcionamiento de las estructuras, para que estén al servicio de la misión y no absorban energía para el mero automantenimiento. La reflexión, que ayudará a verificar su sostenibilidad, funcionalidad e impacto ambiental, debe abordar también la cuestión de la descentralización pastoral y contribuir a la revitalización de los órganos de participación (especialmente los Consejos de Pastoral y de Asuntos Económicos), para que sean lugares de auténtico discernimiento comunitario y de corresponsabilidad real. El tema de las estructuras traerá consigo la necesidad de seguir reflexionando sobre lo que significa implementar concretamente un estilo de liderazgo eclesial animado por la sinodalidad.

El año pastoral 2022-2023 será entonces una oportunidad para centrarse en los servicios y ministerios eclesiales, para superar el cansancio y arraigar mejor la acción en la escucha de la Palabra de Dios y de nuestros hermanos: esto, de hecho, es lo que puede distinguir la diaconía cristiana del compromiso profesional y humanitario. A menudo la pesadez en el servicio, en las comunidades y en sus líderes, proviene de la lógica del "siempre se ha hecho así" (cf. *Evangelii gaudium* 33), del amontonamiento de cosas por hacer, de las burocracias eclesísticas y civiles que se ciernen, descuidando la centralidad de la escucha y de las relaciones. Ante la gran sed de escucha de la Palabra de Dios y de los hermanos, es fundamental reconectar la diaconía con su raíz espiritual, para vivir la "fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano" (*Evangelii gaudium* 92). Dentro de esta reflexión sobre el estilo de ser Iglesia, se podrán abordar las cuestiones relativas a la formación de los laicos, de los ministros ordenados, de los consagrados y de las consagradas; a la corresponsabilidad de las mujeres en el seno de la comunidad cristiana; a los ministerios establecidos, a las otras vocaciones y a los servicios eclesiales injertados en la común vocación bautismal del Pueblo de Dios "sacerdotal, profética y real".

Para alimentar y apoyar el Camino Sinodal de las Iglesias en Italia en comunión con el proceso en curso a nivel universal, se decidió agrupar las prioridades que surgieron a lo largo de tres ejes, definidos como "lugares sinodales": el de la calle y el pueblo (la escucha de los mundos vitales), el de la hospitalidad y el hogar (la calidad de las relaciones y las estructuras eclesiales) y el de la diaconía y la formación espiritual. Estos sitios pueden adaptarse libremente, y cada Iglesia local podrá añadir un cuarto que potencie una

prioridad resultante del camino recorrido durante el primer año.

La de la obra es una imagen que indica la necesidad de un trabajo que dure,

que no se limita a la organización de eventos, sino que apunta a la realización de caminos de escucha y experiencias de sinodalidad vivida, cuya reinterpretación será un punto de partida para las fases posteriores del Camino Sinodal nacional. La naturaleza experiencial de los talleres permitirá adaptar el método de la "conversación espiritual" y abrir el proceso sinodal también a quienes no han participado hasta ahora.